

April 2003

Número 37: 5º Domingo de Cuaresma - 2º Domingo de Pascua

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>

Recommended Citation

(2003) "Número 37: 5º Domingo de Cuaresma - 2º Domingo de Pascua," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2003 : No. 37 , Article 1.
Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2003/iss37/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 037 – Abril 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Abril de 2003: Samuel Almada

Domingo 06.04.2003 – Quinto Domingo de Cuaresma

Salmo 51:1-12; **Jeremías 31:31-34**; Hebreos 5:5-10; Juan 12:20-33

Introducción

Es tiempo de cuaresma y se acerca la celebración de la Pascua. Los textos propuestos por el calendario litúrgico ecuménico nos ayudan a recrear la memoria de los creyentes y nuestra experiencia espiritual, tanto individual como comunitaria.

El Salmo 51 es una expresión de arrepentimiento y súplica, a través de la cual el salmista reconoce su pecado y confiesa sus sentimientos de culpa. Pero al mismo tiempo confía en la gracia y misericordia infinitas de Dios, de quien espera su salvación. El pecado le hizo perder el gozo y la alegría; y una transformación profunda de su corazón y su espíritu le devolverá la vida plena. En el v. 12 aparece el verbo “crear” (*bara*’) que sólo se utiliza en relación con la obra de Dios (como en Gn 1:1): “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio...”; por lo cual se entiende que la justificación del pecador es una obra divina y análoga a la obra creadora.

Hebreos 5:5-10 presenta a Jesús el Cristo como el Hijo de Dios (v. 5) y para esto alude al Sal 2:7. También lo llama sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (v. 6), haciéndose eco del Sal 110:4 y del personaje de Gn 14:17-20. La analogía entre el sacerdocio de Jesús el Cristo y Melquisedec se desarrolla más ampliamente en Hebreos 7. El texto de Hebreos destaca que aunque Jesús era Hijo de Dios y gran Sumo Sacerdote, padeció sufrimientos en su vida y aprendió la obediencia.

El texto de Juan 12:20-33 se ubica en el contexto de la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén, poco antes de la Pascua y de su muerte. Allí se presenta la exaltación / glorificación de Jesús, pero a través de su muerte / sufrimiento (vv. 24-25); esto es una paradoja difícil de comprender. Jesús mismo estaba turbado por esta situación (v. 27).

Introducción a Jeremías

El libro de Jeremías recoge una amplia variedad de oráculos relacionados con un profeta de Judá de fines del siglo VII y principios del VI a.C. En esta época uno de los imperios más poderosos y crueles de la historia, Asiria, había llegado a su fin luego de varios siglos de dominio sobre extensos territorios de Mesopotamia, Asia Menor y Egipto; y emergía el imperio neobabilónico.

El reino de Judá y el templo de Jerusalén se encontraban en medio del conflicto de poder entre Babilonia y Egipto por el control de los territorios heredados de los asirios.

El tenor del mensaje del profeta es muy crítico; denuncia la infidelidad de su pueblo al pacto con Dios y la ingenuidad de confiar en las potencias extranjeras para la salvación del país y la nación. Por tanto, el profeta anuncia que Judá va hacia el desastre y la destrucción del templo de Jerusalén es inminente. Esto sin duda provocaba la antipatía y la animosidad de muchos, y en reiteradas ocasiones el profeta se vio perseguido y maltratado. Las conocidas confesiones del profeta reflejan sensibilidad, pasión y fidelidad a su ministerio profético (ver p. ej. 20:7-18); su sufrimiento lo convirtió en un prototipo de profeta perseguido y humillado, y como consecuencia, en prefiguración de Jesús.

Pero Jeremías no había sido enviado solamente para arrancar y destruir, sino también para edificar y plantar (1:10), y por tanto encontramos bellos pasajes que dan lugar a diversas promesas de esperanza y salvación (cap. 30-33), donde el texto de 31:31-34 representa un punto culminante.

Jeremías 31:31-34

El tema central del texto es la realización de un *nuevo pacto* en vistas a restablecer la relación del pueblo con su Dios, la cual se había roto a causa de las infidelidades del pueblo y había provocado nefastas consecuencias para la vida de la nación y la situación del país. La ruptura de la alianza es un tema clásico entre los oráculos proféticos de denuncia y juicio, pero junto a esto los profetas también anuncian de diversas maneras la esperanza y la posibilidad de un nuevo comienzo.

Un *pacto* es un compromiso mutuo entre las partes que intervienen e implica la fidelidad y el cumplimiento de lo establecido. La forma de los pactos en la Biblia refleja la estructura de los pactos entre los soberanos y sus vasallos del Antiguo Oriente, y generalmente van acompañados por un resumen de bendiciones y maldiciones que son condicionadas por la fidelidad o infidelidad al mismo.

En el caso de Jr 31:31-34, la referencia es el pacto anterior o primer pacto, el que fue concertado con los ancestros del pueblo de Israel cuando fueron liberados del país de la esclavitud (v. 32). Pero aquél fue invalidado por la conducta de los padres y sus descendientes, y en especial por los representantes de la monarquía y los sacerdotes del templo de Jerusalén; y es por esta razón que la vida institucional del país estaba condenada a un inminente desastre. Aquel primer pacto de salvación y liberación no funcionó en las nuevas condiciones de opresión porque hacía mucho tiempo que la nación se había apartado de su Dios y de su proyecto (*torá*).

Ahora, la esperanza está puesta en un *nuevo pacto*, un compromiso verdadero, que permita al pueblo resurgir y encaminarse hacia un proyecto de vida sustentable. La característica principal de este nuevo pacto consistirá en la interiorización y apropiación de las instrucciones divinas (*torá*), que serán escritas en el corazón mismo del pueblo (v. 33); y si tenemos en cuenta que en el pensamiento semítico el corazón es la sede de la voluntad y no de los sentimientos, podemos inferir que la novedad del pacto no se refiere tanto al contenido sino a un cambio radical de actitud: *obediencia y fidelidad* a Yavé y sus enseñanzas.

Esta nueva actitud es la que asegurará la presencia y compañía del Señor junto a su pueblo, aún en las situaciones más difíciles; y hará que el pacto pueda ser *definitivo e inquebrantable* como se espera de acuerdo a 32:40, donde se habla de pacto *perpetuo o eterno*.

Una connotación relevante de esta interiorización de la *torá* por parte de todo el pueblo es que ya no va a ser necesario que alguien enseñe a su prójimo el *conocimiento del Señor*, porque todos lo conocerán directamente y sin intermediarios, desde el más pequeño hasta el más grande (v. 34). El verbo hebreo *conocer* (*yd'*), cuando se refiere a personas, no alude solamente a una actividad intelectual y receptiva: *saber cosas* sobre una persona o *informarse* sobre ella, sino que también implica *involucramiento y compromiso*: reconocimiento, respeto, cuidado, prestar atención.

Finalmente, la concertación del nuevo pacto ofrece como corolario el *perdón de los pecados pasados*, un primer paso propiciatorio para el nuevo comienzo (v. 34b).

Para la reflexión

Para evitar lecturas individualistas o intimistas conviene recordar que cuando el texto habla de una interiorización de la *torá* se refiere a un acontecimiento comunitario que tiene en cuenta al conjunto del pueblo y no a individuos aislados; se trata de un tipo de *pacto social*.

La distribución amplia del *conocimiento del Señor* a todo el pueblo nos ofrece claves orientadoras de participación, organización y control por parte del pueblo, en lo que concierne a la elaboración e implementación de sus proyectos, tanto en las comunidades particulares como en la sociedad abierta.

El énfasis en la *voluntad* (= corazón) y la alusión a un nuevo pacto con Yavé están relacionados con un nuevo *conocimiento de Yavé* y su *torá*, que no es el cumplimiento mecánico y obligatorio de códigos de preceptos y reglas que sólo conocen, administran e imponen los especialistas y las autoridades. Esto era en definitiva en lo que se había convertido la práctica religiosa y política, y lo que la oportunidad de la crisis permite revisar.

Las versiones más conocidas traducen el término *torá* por *ley*, algo que tratamos de evitar pues el concepto de *ley* es percibido como algo exterior e impuesto. En el contexto de Jeremías, el término *torá* se utiliza en su sentido básico que es propedéutico (instrucción / enseñanza) o de proyecto constructivo para la comunidad (Constitución / Carta Magna); y no se refiere a escritos sagrados.

Finalmente, remarcamos que el perdón del pecado y la reconciliación con Dios debe corresponderse con el perdón y la reconciliación con el hermano y con el prójimo en general.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 037 – Abril 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Abril de 2003: Samuel Almada

Domingo 13.04.2003 – Domingo de Ramos

Salmo 118:19-29; **Isaías 50:4-9**; Filipenses 2:5-11; Marcos 14:1-15:47

Introducción

El Salmo 118 es una *liturgia de acción de gracias* por la salvación recibida de Yavé. Los vv. 19 y ss. representan el momento cuando la procesión se encuentra a las puertas del templo, aquí llamadas *puertas de justicia*, por donde sólo los que practican lo que es justo están en condiciones de entrar (comparar con los Salmos 15 y 24). Destacamos el v. 22 que hace referencia a la piedra que fue desechada por los constructores y que se transformó en piedra fundamental del edificio; este tema será retomado en el NT para referirlo al rechazo que recibió Jesús de los líderes de su tiempo. La aclamación ritual de los vv. 25-26 se utiliza para evocar la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén el domingo de Ramos: “Salva Yavé” (*hoshi ‘ah na’* = Hosanna); “Bendito el que viene en el nombre de Yavé” (ver Mt 21:9; Mc 11:9; Lc 13:35; Jn 12:13).

Filipenses 2:5-11 es un *himno* que probablemente formaba parte del culto cristiano primitivo. En él se expresa la humillación (vv. 6-8) y la exaltación de Cristo (vv. 9-11), destacando que para llegar a la mayor exaltación, Jesús tuvo que pasar por la más ignominiosa humillación y despojo total de sí mismo. Por el contexto, este himno forma parte de la exhortación a una comunidad en la que existen ciertas rivalidades y conflictos de poderes, para que procuren la comunión en el Espíritu, actúen con verdadera humildad y busquen el bien común en vez del provecho propio.

Marcos 14:1-15:47 es el relato de la *pasión y muerte de Jesús*. Está precedido por la narración de su ministerio en Jerusalén (cap. 11-13), a partir de su entrada triunfal (11:1-11); y seguido por el relato de la resurrección (cap. 16) que cierra el Evangelio. La primera parte describe la unción de Jesús en Betania, la institución de la Cena del Señor y la vigilia en el Getsemaní en un clima de traiciones y conspiraciones (14:1-52); la segunda parte corresponde al proceso público ante las autoridades religiosas y políticas (14:53-15:15); y la tercera a la crucifixión y muerte (15:16-47).

Los poemas del Siervo de Yavé en el Segundo Isaías

El Segundo Isaías (Is 40-55) es conocido también como el Libro de la Consolación de Israel (ver 40:1 ss) y su mensaje central está orientado a reconstruir la esperanza del pueblo luego de la destrucción de Judá y del Templo, el destierro y la dispersión. Esta obra contiene cuatro notables

poemas que hablan sobre el Siervo de Yavé y se encuentran en 42:1-4 (5-7); 49:1-6 (7-9a); 50:4-9a (10-11); 52:13-53:12 (señalamos entre paréntesis los versículos cuya pertenencia al poema se discute). Estos poemas destacan diferentes perfiles del Siervo y en parte aportan una voz crítica al tono optimista y esperanzador de la obra en su conjunto.

En el primer poema (42:1-7), el Señor presenta a su Siervo impartiendo su enseñanza y la justicia entre las naciones; el Siervo es llamado a ser “alianza del pueblo y luz de las gentes, para abrir los ojos ciegos, sacar del calabozo al preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas” (vv. 6-7).

En el segundo poema (49:1-6) el que habla no es el Señor sino el Siervo que interpela a su audiencia, defiende su causa al estilo de los profetas y se presenta como conocido por Yavé desde antes de su nacimiento. Aquí se invoca el oráculo de Yavé para la presentación del Siervo y su misión: “Me dijo: tu eres mi siervo, Israel, en quien me gloriaré” (v. 3), “... para levantar las tribus de Jacob y hacer volver los preservados de Israel. Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra” (v. 6).

El tercer poema (50:4-9) es una expresión reflexiva de un profeta o sabio de la comunidad que reclama autoridad sobre la base de su experiencia de sufrimientos y paciencia. Aquí el sujeto no aparece como instrumento de Yavé de la misma manera que el Siervo de los otros tres pasajes y no alude al sufrimiento como medio para su misión.

El cuarto poema (52:13 – 53:12) es uno de los más conocidos y utilizados; tiene características distintivas de los anteriores y representa con mayor probabilidad una elaboración más tardía. En éste se introducen novedades en cuanto a la expectativa mesiánica, y principalmente sobre la interpretación del sufrimiento y su sentido expiatorio y vicario; refleja una revisión de la teología tradicional a partir de la experiencia traumática del destierro.

El tercero y cuarto poema son los que más coinciden en la imagen del sufriente y la reflexión sobre el sufrimiento, algo que está casi ausente en los poemas anteriores; y es por esta razón que son utilizados en la preparación de la semana de Pascua. Estos dos últimos poemas neutralizan el tono más triunfalista de los dos primeros, y por eso conviene tener en cuenta el conjunto.

La identidad del Siervo de Yavé en el Segundo Isaías y en los poemas citados apunta al pueblo de Israel o a una parte del mismo, y a las críticas circunstancias que estaban viviendo. Éste es el sentido básico del texto en su contexto y sobre el cual las diferentes tradiciones, tanto judías como cristianas, fueron construyendo nuevas interpretaciones. En la semana de Pascua con estos poemas también se recuerda a Jesús como el Siervo que encarna los sufrimientos y miserias del pueblo, y a través de quien esperamos la victoria.

Isaías 50:4-9

El capítulo 50 comienza con una disputa de Yavé con los desterrados y dispersos acerca de su capacidad y voluntad de salvar (vv. 1-3). Así se afirma que no fue Yavé quien quiso divorciarse de su pueblo o venderlos para desentenderse de ellos, sino que siempre los buscó aunque muchas veces no encontraba respuesta; y ahora sígue estando dispuesto a tender nuevamente su mano para rescatarlos y restaurar la comunidad.

Allí se inserta el tercer poema (vv. 4-9) que empieza a esbozar una respuesta con más detalles sobre esta salvación tan deseada, estableciendo un perfil del sujeto (“Siervo de Yavé”), su misión y sus medios.

El sujeto aparece como uno de los profetas cuya vocación lo había llevado a ser resistido y rechazado por su pueblo, teniendo que endurecer su rostro frente a los ultrajes y burlas (vv. 5-7). También recuerda a un discípulo que se transforma en maestro y que reclama su autoridad sobre la base de sus sufrimientos y paciencia (vv. 4-6).

Tanto el *profeta* como el *discípulo* que se transforma en maestro, transmiten una *palabra recibida* (oráculo o enseñanza), y por tanto la condición fundamental del Siervo es saber escuchar la “palabra despertadora” (literal, v. 4) que cada mañana abre el oído del profeta / discípulo y lo transforma en sujeto y agente de la acción divina.

La misión del profeta o maestro se resume en *saber reconfortar al cansado* (v. 4); y su propia experiencia le da autoridad para transmitir un mensaje alentador. En el v. 6 el locutor describe con mucha crudeza su martirio y sufrimiento, pero no como actitudes de sometimiento pasivo si tenemos en cuenta los versículos siguientes. Los tres versículos siguientes (7, 8 y 9), de manera recurrente, comienzan con una expresión de confianza en la ayuda de Yavé y en la reivindicación del sufrido mensajero.

En los vv. 8-9, el discurso de confianza en la ayuda de Yavé se sitúa en el plano jurídico. La escena es la de un tribunal donde Yavé defiende a su Siervo frente a un querellante. Por el contexto del Segundo Isaías se entiende que el enfrentamiento u oposición principal es entre un poder político poderoso y sus Dioses (Babilonia) y el Dios de los desterrados y cautivos (los israelitas).

La ubicación del poema en este contexto también lo transforma en un discurso de Israel, o parte del mismo (por ejemplo, el representado por las comunidades desterradas en Babilonia), que habla de sí mismo, su sufrimiento y su misión respecto de las otras diásporas (toda la nación). Es una invitación a la confianza en el poder salvador de Yavé frente a la incredulidad de muchos israelitas y su simpatía hacia otros cultos.

Para la reflexión

¿De qué manera hoy una comunidad puede reconfortar al cansado? ¿Cuál es la *palabra despertadora*?

¿Cómo el sufrimiento y la humillación podrían llegar a motivar la confianza y cambios promisorios?

¿Cuál es nuestra actitud frente a los poderosos, y qué papel juega nuestra confianza en Dios en relación con la opresión que aquellos producen?

Bibliografía:

José Severino Croatto, *Isaías: la palabra profética y su relectura hermenéutica*. Vol. II: 40-55 *La liberación es posible*, Buenos Aires, Lumen, 1994.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 037 – Abril 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable por el mes de Abril de 2003: Samuel Almada****Jueves 17.04.2003 – Jueves Santo****Salmo 116:1-2 y 12-19; Éxodo 12:1-14; 1 Corintios 11:23-26; Juan 13:1-17 y 31-35****Introducción**

El Jueves Santo se recuerda la última cena que tuvo Jesús con sus discípulos la noche anterior a su muerte. Este acontecimiento tuvo lugar en Jerusalén durante la semana de celebración de la pascua judía, que reunía multitud de peregrinos en la capital. Los textos seleccionados aluden de diferentes maneras a este contexto.

Éxodo 12:1-14 evoca la institución de la primera pascua, que es la celebración anual más importante del pueblo judío y que conmemora el paradigma fundacional de la nación israelita: la liberación de la esclavitud. En este contexto también se la relaciona con la décima plaga y la salvación por parte de Yavé de los primogénitos israelitas. Su primera celebración fue la noche previa a la “salida” y entre sus características se destaca el banquete comunitario, con cordero asado, panes sin levadura e hierbas amargas. El Nuevo Testamento recoge las tradiciones y rituales judíos relacionados con la pascua y le suma un nuevo significado a través del cual interpreta también la obra liberadora de Jesucristo.

1 Corintios 11:23-26 presenta la institución de la cena del Señor, recordando aquel último banquete de Jesús con sus discípulos y haciendo referencia al tema central de la pascua cristiana que es la muerte del Señor Jesús. Este banquete es la principal celebración cristiana dedicada a la memoria del Señor y consiste en compartir el pan y el vino que simbolizan el cuerpo y la sangre de Jesús como fundamento del nuevo pacto. El rito también se interpreta como un testimonio o anuncio de la muerte del Señor hasta su regreso. El relato de la perícopa coincide básicamente con el de los Evangelios (Mt 26:26-29; Mc 14:22-25; Lc 22:14-20), pero aquí se encuentra en el contexto de una exhortación a la comunidad por su falta de solidaridad y egoísmo a la hora de compartir (ver 1 Cor 11:17-22 y 27-34). Esta situación que se critica es la razón por la cual muchos murieron y otros están débiles y enfermos; por tanto se pide un examen de conciencia para no participar de la cena del Señor indignamente.

Juan 13:1-17 y 31-35 también recuerda aquella confraternización de despedida entre Jesús y sus discípulos, destacando otro gesto de fundamental importancia en la práctica y la enseñanza del Señor. Se trata del lavamiento de los pies de los discípulos por parte del maestro y su significado para la vida y la organización de la comunidad (vv. 1-17). Esta era una práctica propia de los

esclavos hacia sus amos, pero Jesús lo enseña como ejemplo de humildad y sumisión los unos a los otros. Esta actitud es indispensable para los que quieren tener parte con Jesús (v. 8). Por tanto, el nuevo mandamiento que el maestro da a sus discípulos (vv. 31-35) se refiere al amor mutuo y reclama su cumplimiento hasta las últimas consecuencias; pues constituye la señal distintiva de la comunidad de creyentes y del nuevo tiempo inaugurado por la muerte de Jesús.

El Salmo 116:1-2 y 12-19

El Salmo 116 es un canto de acción de gracias, a través del cual la comunidad reunida expresa el reconocimiento y la alabanza a Dios por su oportuna salvación de muchas situaciones de grave peligro u opresión. La última parte (vv. 12-19) es propiamente el canto de acción de gracias e incluye confesiones públicas de fe y confianza en Dios, a quien se invoca no solamente para pedir su ayuda en las situaciones difíciles (v. 4) sino también para ofrecerle promesas y sacrificios (vv. 13-14 y 17-18) en presencia de todo su pueblo.

En el v. 13 el orante incluye el gesto de “levantar la copa de la salvación”, lo cual podría desempeñar un papel significativo en la liturgia de la celebración y agradecimiento a Yavé. En primer lugar, este gesto podría ser una alusión a las libaciones de vino que se hacían sobre las víctimas del sacrificio para el banquete ritual (ver Ex 29:40 y Nm 15:1-14). Por otro lado, “la copa de la salvación” podría expresar el sentido contrario al motivo de “la copa de la ira” que simboliza principalmente la condenación y el castigo (ver Is 51:17.22). Conviene retener estas dos connotaciones pues establecen resonancias convergentes con los motivos desarrollados en las narraciones neotestamentarias de la última cena y la interpretación cristiana de la pascua (comparar con la “copa de bendición” en 1 Cor 10:16).

Conviene destacar la referencia a “la muerte de los piadosos o fieles de Yavé” (v. 15) como algo “caro” o “costoso” (del hebreo *yaqar*) a los ojos del Señor. Algunas versiones traducen “estimada” (RV 95) o “preciosa” (Kraus), y podrían dar a entender que Dios acepta de buena gana la muerte de sus fieles. Si Dios no quiere la muerte del malvado (ver Ez 33:11), menos puede desear la de los que le aman. Lo “precioso” y “estimado” para Yavé es la vida, y por tanto, el texto dice que la muerte de los piadosos le resulta “cara”, “costosa”, “pesada”, “dolorosa”. El tema ofrece una pista para la reflexión sobre el significado de la cruz de Cristo y de la pascua cristiana, y tiene connotaciones relevantes para una teología sobre la justicia divina y la situación de las personas o pueblos que sufren.

Interpretar el tema del sufrimiento y de la muerte a la luz del dogma de la resurrección, como reflejan las versiones mencionadas más arriba, podría resultar en la subestimación de situaciones concretas de sufrimiento y dolor. Este detalle, que algunos pasan inadvertido, luego podría dar lugar a distorsiones más graves en la teología y en la pastoral.

Bibliografía:

Hans-Joachim Kraus, *Los Salmos*, Salamanca, Sígueme, 1995.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 037 – Abril 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable por el mes de Abril de 2003: Samuel Almada****Viernes 18.04.2003 – Viernes Santo**Salmo 22; **Isaías 52:13-53:12**; Hebreos 4:14-16 y 5:7-9; Juan 19:17-30**Introducción**

El viernes santo es el día más oscuro de la pasión de Jesús; es el día de su tortura hasta la muerte en la forma más cruel e indigna: la crucifixión. Los textos seleccionados reflejan de diferentes maneras esta situación.

El Salmo 22 es un grito de angustia (vv. 1-21) que luego se transforma en un canto de alabanza (vv. 22-31). La primera parte expresa el dolor y el lamento de un justo o inocente frente al sufrimiento y la persecución, invocando fervientemente su confianza en Dios, de quien espera la salvación. La segunda parte es un canto de acción de gracias por la salvación y protección obtenida. El Salmo 22 tiene afinidad con el cuarto poema del siervo sufriente de Yavé (Is 52:13-53:12), y también los evangelistas han encontrado en él una de las principales referencias veterotestamentarias para los relatos de la pasión (ver Mt 27:32-56; Jn 19:17-30). El versículo 1 del Salmo 22 fue la última palabra de Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?” (Mt 27:46; Mc 15:34); el versículo 18 ofrece apoyo para la escena del reparto de la ropa y el sorteo de la túnica (Mt 27:35; Jn 19:24).

Los textos de Hebreos 4:14-16 y 5:7-9 hablan de Jesús como un Sumo Sacerdote que ofrece el sacrificio por los pecados. Pero aquí lo relevante, que lo relaciona con la pasión de Jesús, es que este Sumo Sacerdote “puede compadecerse de nuestras debilidades porque fue probado en todo igual que nosotros” (4:15); y también “ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte” (5:7; comparar con los relatos de la agonía de Jesús en el Getsemaní Mt 26:36-46; Mc 14:32-42; Lc 22:39-46).

Juan 19:17-30 es el relato de la crucifixión y muerte de Jesús. En éste se destaca la polémica entre los judíos y Pilato sobre el título puesto en la cruz de Jesús: “Jesús Nazareno, Rey de los judíos” (vv. 19-22); luego se describe la escena del reparto de la ropa de Jesús entre los soldados (vv. 23-24) y el diálogo con su madre y los seguidores presentes, las mujeres y el discípulo amado (vv. 25-27). La perícopa concluye con el ofrecimiento de vinagre para la sed y la muerte (vv. 28-30).

Isaías 52:13-53:12

El poema del Siervo sufriente de Yavé (52:13-53:12) se encuentra en la segunda parte del Segundo Isaías (49:14-55:13), donde el énfasis está puesto en la ciudad de Sión como centro de reunión de los exiliados y dispersos del pueblo de Israel.

Este poema es el que mejor desarrolla el tema del sufrimiento como siendo parte de la misión del Siervo. Es significativo como abordaje de un tema “tabú” (el sufrimiento), en el marco de la mayor crisis sufrida por la nación, y como contestación a la teología tradicional de la retribución que se refleja principalmente en el Primer Isaías (Is 1-39), y según la cual el destierro y la dispersión eran vistas como un castigo.

Ya el tercer poema (Is 50:4-9) esboza el aspecto de la resistencia del sujeto y su exposición al sufrimiento, y refleja un cuestionamiento a la teología de la retribución sugiriendo que “el justo también puede sufrir”. Esta idea también está presente en otros pasajes como salmos de lamentación (p. ej. 73), las confesiones de Jeremías y los discursos de Job que expresan la indignación por el sufrimiento del justo o inocente.

Pero el poema del Siervo sufriente da un paso más en relación con la interpretación del sufrimiento. Lo que había estado velado por la imagen sufrida y despreciable del Siervo, ahora se revela como actitud mediadora y vicaria para la expiación y salvación de muchos.

El poema se compone de dos elementos básicos: (1) “la palabra divina” a manera de inclusión (52:13-15 y 53:11b-12), donde Yavé habla del Siervo en tercera persona; en la introducción se adelanta su “exaltación”, su apariencia desfigurada y el asombro de “los muchos”, y en la conclusión se ratifica la “confesión” de la parte central del poema y la exaltación del Siervo; (2) “La palabra del grupo” (en primera persona del plural) como centro del poema (53:1-11a), donde también se habla del Siervo en tercera persona, y cuyo núcleo es la “confesión” del grupo (vv. 4-6).

Según la teología tradicional, el sufriente parecía un culpable castigado por Dios, pero aquí aparece como sujeto de salvación, haciéndose cargo de la “culpa” de “los muchos” (53:5 “por el padecimiento de aquél, éstos reciben salud y bienestar”). En la teología de la retribución iban unidos culpabilidad y castigo; en este caso el castigo y la humillación son para uno, y la culpabilidad es de los otros que se salvan de su merecido castigo. Así, aquel tercero que en el poema no tiene voz ni rostro, a través de su sufrimiento, está propiciando la salvación de muchos.

Destacamos el vocabulario cognitivo del poema que enfatiza la “toma de conciencia”, el “darse cuenta”, el “cambio de presupuestos teológicos”, y que se manifiesta en expresiones de perplejidad de los confesantes y testigos frente a lo que parecía ser una cosa y resultó ser otra.

También subrayamos el vocabulario relacionado con “la exaltación y la victoria” a través del cual se revelan objetivos escondidos del proyecto divino.

Hemos identificado al Israel cautivo en Babilonia como el referente principal para el Siervo sufriente de Yavé en el contexto del Segundo Isaías, que cumple un servicio hacia el resto de la nación dispersa (toda la casa de Israel), los cuales estarían representados por “los muchos”.

El poema, al igual que el Segundo Isaías, trata de consolar al pueblo que sufre y darle fuerzas para emprender el camino del retorno y restablecimiento en su tierra; y por otro lado, tratar de

convencer a “los muchos” para que crean y se comprometan en este plan de Yavé de reunir a “todos” los dispersos de Israel.

Así se entiende mucho mejor aquello de “ser alianza del pueblo y luz de las gentes, para abrir los ojos ciegos, sacar del calabozo al preso” (vv. 42:6-7). Entonces la misión del Siervo (cautivo en Babilonia) será rescatar a “los muchos” (Israel global) de los confines (muchas naciones) y de la mano opresora de sus amos (reyes). Esto es visto como una acción poderosa de Yavé que se compara a un nuevo éxodo (ver 52:10-12); las otras naciones y sus reyes quedarán atónitos (52:15) pues también les afecta directamente el resultado y las consecuencias del plan.

Para la reflexión

Este poema ha sido y sigue siendo objeto de muchas interpretaciones que reflejan la riqueza de su contenido. Remarcamos la profunda influencia que ha tenido para la relectura cristológica y neotestamentaria, convirtiéndose en una especie de llave hermenéutica para la teología del NT. Las referencias intertextuales con el NT son innumerables.

Un texto de tanta trascendencia siempre queda abierto para nuevas relecturas que ofrezcan sentido a las diferentes situaciones de la comunidad, y una de las preguntas de fondo que nos podemos hacer es sobre el sentido mismo del sufrimiento y su interpretación teológica.

Recordamos que en la tradición bíblica, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es Dios mismo que se ocupa especialmente de los sufrientes y oprimidos, precisamente porque su amor no se deja encerrar en categorías de la justicia humana. El sufriente es objeto preferencial del amor divino porque está en una situación inhumana contraria a la voluntad de Dios, y el fundamento último de ese privilegio se encuentra en Dios mismo y en la gratuidad y universalismo de su amor.

A veces se destaca el sufrimiento de los mártires por ser ejemplos de resistencia y fidelidad a Dios en un contexto totalmente adverso, pero allí también quedan excluidos de participar en el plan divino los que simplemente sufren las cruces de la historia. Sin embargo, las víctimas y los débiles siguen siendo el lugar de revelación de Dios en la historia. “Verdaderamente tú eres un Dios escondido” (Is 45:15). Muchas veces nos sorprenden y escandalizan los pensamientos de Dios.

Bibliografía:

Samuel E. Almada, “De la dispersión individualista a la comunidad solidaria. Lectura del cuarto poema del siervo de Yavé: un horizonte de lectura popular. Isaías 52:13-53:12”, *Cuadernos de Teología* XIV:2 (1995) 15-28.

J. Severino Croatto, *Isaías: La palabra profética y su relectura hermenéutica*. Vol. II: 40-55 *La liberación es posible*, Buenos Aires, Lumen, 1994.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 037 – Abril 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Abril de 2003: Samuel Almada

Sábado 19.04.2003 – Sábado de Gloria

Salmo 118:1-14; **Jonás 2:2-9**; 1 Corintios 5:6-8; Lucas 24:13-49

Introducción

El Salmo 118:1-14 es un canto de acción de gracias a Dios por la salvación recibida; el contexto es el de una celebración o culto de la comunidad reunida. Los vv. 1-4 invitan a la comunidad a la alabanza y luego se desarrollan los motivos de agradecimiento al Señor. Se describe la liberación de situaciones de peligro (vv. 10-13) y se repiten declaraciones de confianza (vv. 6-9), “Mi fortaleza y mi cántico es el Señor, él ha sido para mí la salvación” (v. 14).

1 Corintios 5:6-8 es una exhortación a la comunidad para limpiarse de toda maldad. Aquí la levadura simboliza la corrupción que aun en pequeña proporción afecta a toda la masa / comunidad. El que escribe utiliza oportunamente este motivo teniendo en cuenta el ritual judío de la fiesta de pascua. Para esta ocasión, los judíos acostumbran hacer una limpieza profunda de la casa para eliminar todo resto de levadura (Ex 12:15), se come únicamente panes sin levadura (Ex 12:18-20) y se inmolaba el cordero pascual (Ex 12:6). En la tradición cristiana se recogen elementos del ritual judío de la pascua y se los resignifica; así Cristo es el cordero que fue sacrificado por nosotros propiciando una nueva vida, y los panes sin levadura simbolizan la pureza y la verdad en la comunidad.

Lucas 24:13-49 es el relato de lo sucedido a Jesús después de su resurrección. Los vv. 13-35 cuentan sobre su aparición a dos discípulos camino a Emaús y detalles de la conversación que estaba centrada en lo sucedido en Jerusalén durante la fiesta de pascua; sobre la muerte y resurrección del profeta Jesús nazareno y su interpretación bíblica. Luego, los vv. 36-49 narran otra aparición de Jesús a un grupo de discípulos reunidos, dándoles testimonio de su resurrección y algunas instrucciones para la misión.

Introducción al libro de Jonás

El libro de Jonás está escrito en un estilo biográfico y novelado. En él se cuenta la historia de un profeta a quien el Señor le encarga la misión de ir a predicar un mensaje de juicio y destrucción contra Nínive (1:1-2), capital del imperio Asirio y paradigma de la maldad y la opresión para muchos pueblos.

Pero Jonás no obedeció el llamado y huyó de la presencia de Yavé en un barco en dirección contraria a la de Nínive (1:3). Durante el viaje se desató una tormenta muy fuerte y el barco llegó a una situación crítica (1:4-5); y cuando ya no había más que hacer, los navegantes, incluido Jonás, recurrieron a sus creencias religiosas para dirimir la situación (1:6-10).

Jonás se sentía culpable por haber desobedecido al Señor y se ofreció para que lo tiren al mar para calmar la tormenta. Los marineros, viendo que el mar seguía embravecido, finalmente aceptaron tirar a Jonás al agua y el mar se calmó. Así se salvó el barco y su tripulación, y todos reconocieron a Yavé (1:11-16).

Jonás fue a parar al vientre de un gran pez desde donde invocó al Señor con la oración de 2:2-9. Después fue vomitado en tierra y cumplió la misión que Yavé le había encomendado; y para su sorpresa, Nínive hizo penitencia y se convirtió, y el Señor se arrepintió del castigo que les había anunciado (3:1-10). Finalmente, Jonás se enoja con Yavé por haberle hecho anunciar algo que después no cumplió y por haber perdonado a una ciudad tan cruel (4:1-11).

En el Nuevo Testamento, el profeta Jonás y su historia se toma como una prefiguración de Cristo, y se establecen algunas analogías con el ministerio de Jesús (ver Mt 12:38-42). El tiempo que Jonás pasó en el vientre del pez (tres días y tres noches) se toma como una señal sobre la muerte y resurrección de Jesús; y al igual que con Jonás (1:12.15), el sacrificio de Jesús significó la salvación de muchos. Esto hace que la historia de Jonás sea pertinente en el tiempo de Pascua.

Jonás 2:2-9

La oración de Jonás en 2:2-9 es el punto de inflexión en la narración del llamado de Jonás para su misión. El escenario es el vientre de un pez en las profundidades del mar, allí desde su soledad y angustia Jonás clama al Señor. Conviene recordar que en la cosmovisión israelita el mar era una representación del caos primordial y un lugar de grandes peligros.

Esta oración tiene la estructura de los salmos de acción de gracias; recuerda los peligros y angustias (vv. 3-6a), y expresa la confianza y el reconocimiento a Dios por su salvación (vv. 6b-9). Aquí se recogen citas de diversos salmos que tienen afinidad con la situación que se describe en el contexto.

Este es el único texto poético del libro de Jonás. Destacamos el uso de la poesía como un género más apropiado para expresar los sentimientos más profundos y las emociones; y además es una forma más adecuada al uso litúrgico, para recordar y recitar por una o más personas.

Pero lo que más contrasta entre este cántico y el resto del libro no es el género poético sino el perfil del profeta Jonás. Aquí Jonás aparece como el más reverente y piadoso creyente, mientras en el resto del relato se describe al profeta como desobediente a Dios (1:3), que dormía mientras los otros oraban (1:6) y que es irreverente y cuestionador del accionar divino (4:2). El poema es una confesión de fe que neutraliza el tono irónico de la narrativa, y a su vez se hace accesible a la dimensión ecuménica y universal del resto del libro.

Para la reflexión

Teniendo en cuenta la relectura neotestamentaria de la historia de Jonás (Mt 12:38-42) y su aplicación al ministerio profético de Jesús, podemos comprender mejor el tono irónico que tiene la obra y su crítica hacia el interior de la comunidad de “creyentes”.

El mensaje que el profeta Jonás dirige a su pueblo se podría resumir de la siguiente manera: *Vean, las naciones que ustedes consideran incrédulos e idólatras fueron más creyentes, reverentes y agradecidos a Yavé que ustedes (1:6-16); y la ciudad de Nínive, que es un símbolo de la maldad y del poder opresor, escuchó la palabra de Yavé, sus habitantes hicieron ayuno y penitencia desde el más pequeño hasta el más grande, y se convirtieron de sus malos caminos (3:5-10).*

En el mismo sentido, las actitudes de desobediencia, irreverencia y cuestionamiento a Yavé por parte del protagonista de esta historia representan con mucha agudeza la conducta del pueblo de Yavé, que es el destinatario principal del mensaje.

Bibliografía:

Nelson Kilpp, *Jonas*, Petrópolis / São Leopoldo, Vozes / Sinodal, 1994.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 037 – Abril 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable por el mes de Abril de 2003: Samuel Almada****Domingo 20.04.2003 – Domingo de Pascua de Resurrección**Salmo 118:14-24; Hechos 10:34-43; **1 Corintios 15:1-11**; Juan 20:1-18**Introducción**

El domingo de resurrección es el punto culminante de la Pascua. En él recordamos la resurrección de Jesús y por tanto es un día especial para celebrar la vida y la liberación de todo tipo de opresión y muerte.

El Salmo 118 pertenece a una colección de seis cantos (Salmos 113-118) que los judíos llaman *Halel*, pues son expresiones típicas de alabanza al Señor (en hebreo *Haleluya* = Alabad a Yavé). Este conjunto de canciones era entonado principalmente en la celebración de la pascua (ver Mt 26:30). Los vv. 14-24 del Salmo 118 exaltan especialmente el poder y la vocación de Yavé para salvar a los débiles de situaciones injustas, y también expresan la fe y la confianza por parte del orante. Al final celebra “el día que hizo Yavé” como día de la victoria, recordando sus obras poderosas en un marco de gran gozo y alegría (v. 24).

Hechos 10:34-43 es el discurso de Pedro en la casa de un centurión romano llamado Cornelio, que vivía en Cesarea del mar y era un hombre piadoso que simpatizaba con el judaísmo. El discurso pertenece al relato que narra la conversión de Cornelio y marca el comienzo de la predicación del evangelio a otras naciones (cap. 10). También representa un punto de inflexión en la mentalidad sectaria de las comunidades originarias de cuño judío, para quienes resultaba difícil aceptar que Dios también podía revelarse a otras naciones. La relevancia de este tema se expresa de diferentes maneras en la visión de Pedro (vv. 9-16), el Pentecostés de los gentiles (vv. 44-48) y el informe de Pedro a la asamblea de Jerusalén (11:1-18). El mismo discurso de Pedro (vv. 34-43) hace alusión a esta cuestión en la introducción a su resumen del mensaje evangélico (ver 34-35).

Juan 20:1-18 es el relato joanino de lo sucedido el día de la resurrección de Jesús, el primer día de la semana para los judíos, que luego fue convertido en *Día del Señor* y domingo en la tradición cristiana. La primera parte (vv. 1-10) describe el hallazgo del sepulcro vacío por parte de María Magdalena, Simón Pedro y el discípulo amado; y la segunda parte (vv. 11-18) cuenta la aparición de Jesús a María Magdalena cuando estaba junto al sepulcro vacío y la conversación que entablaron. La perícopa desarrolla una cuidada secuencia que va desde la *sorpresa*, la *incertidumbre* y la *suposición* (vv. 2, 13, 15) hasta el *convencimiento* y *entendimiento* profundos de lo que había pasado (vv. 9, 16). Una de las claves es el verbo “ver”, para el cual el griego

conjuga tres verbos diferentes que agudizan la acción: “dar un vistazo superficial desde afuera” (v. 5), “observar detalladamente la escena desde adentro” (v. 6) y “darse cuenta, ver con el entendimiento, creer” (v. 8). El relato siguiente sobre la incredulidad de Tomás (vv. 24-29) explora de manera similar la relación entre el *ver* y el *creer*.

1 Corintios 15:1-11

1 Corintios 15:1-11 es la primera parte de una unidad temática y literaria mayor (capítulo 15), donde el Apóstol Pablo hace un alegato sobre la cuestión de la *resurrección de los muertos*, y la importancia que esto tiene para la predicación del evangelio y para la fe cristiana. Es también una exhortación a no desviarse del testimonio recibido, que está motivada en algunos rumores que llegaron a Pablo, según los cuales en la comunidad de Corinto había hermanos que negaban la resurrección de los muertos (v. 12).

A modo de introducción (vv. 1-11) se expone el fundamento de la predicación del evangelio, el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado, y los numerosos testimonios de las apariciones de Jesús resucitado. A continuación (vv. 12-34), se desarrolla una extensa demostración que afirma la resurrección de los muertos a partir de la resurrección de Jesús, y puntualiza las contradicciones de las opiniones que se impugnan. En el mismo sentido, los vv. 35-53 definen y explican el modo y las características de la resurrección. La perícopa concluye con una canción de victoria y acción de gracias (vv. 54-58).

Los vv. 1-2 presentan el *mensaje del Evangelio* como el fundamento de la comunidad cristiana; y por tanto debe ser recibido, transmitido y guardado de manera inalterable. Este Evangelio, que es objeto de nuestra fe y portador de salvación, es el que tanto Pablo como los otros Apóstoles anuncian y proclaman con todo entusiasmo, aun con riesgo de sus vidas.

Los vv. 3-4 expresan el *credo básico* de la proclamación cristiana primitiva, a partir del cual se formularán luego nuevas confesiones de fe más elaboradas. Este *credo* destaca el núcleo del mensaje evangélico: el *carácter salvífico de la muerte de Jesús* y la *resurrección del Señor* (comparar con Hch 2:24-32 y el relato de los evangelios Mt 28:1-8; Mc 16:1-8; Lc 24:1-8; Jn 20:1-8). La referencia a las Escrituras, como apoyo para estos postulados principales, es imprecisa y probablemente alude a una manera general de interpretar las Escrituras judías (el Antiguo Testamento) a la luz de Cristo.

Los versículos siguientes (5-10) complementan y reafirman la confesión anterior ofreciendo numerosos testimonios de apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos: Pedro, Santiago, Pablo, los Doce y quinientos hermanos.

El *carácter salvífico y redentor de la muerte de Jesús* y su significado para la fe cristiana, está mejor desarrollado en la carta a los Romanos (ver Rm 6:1-4 y más extensamente 5:12-7:25). Allí la muerte y resurrección de Jesús es el paradigma a través del cual el ser humano vence la muerte y tiene una nueva vida. Esta salvación tiene connotaciones bien concretas en lo que respecta al *servicio de la justicia*, en contra del pecado; y en la manera de interpretar la ley a la luz de la gracia y del amor de Dios.

Para Pablo *la fe en la resurrección de Jesús* es una de las claves principales de la vida y la doctrina cristianas. Este es el fundamento a partir del cual desarrolla el tema de la resurrección de

los muertos, que también ocupa un lugar importante en la predicación del Apóstol (ver Hechos 17:32).

Para la reflexión

Teniendo en cuenta el contexto religioso y cultural del judaísmo y el helenismo, podremos comprender mejor la novedad y la paradoja generadas por el mensaje cristiano. Las expectativas religiosas de los judíos se orientaban hacia un Mesías victorioso; y por tanto les resultaba inadmisibles la idea de un salvador muerto, vencido (1 Cor 1:18.23). Para la sabiduría y la ciencia griega, la idea de la resurrección era simplemente necedad o locura (1 Cor 1:23; Hch 17:32). Sin embargo, a la luz de la nueva fe, aquello que era inadmisibles o necio para judíos y griegos resulta ser *la fuerza y la sabiduría de Dios*, que desbarata los planes de los sabios y poderosos del mundo (1 Cor 1:27).

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 037 – Abril 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Abril de 2003: Samuel Almada

Domingo 27.04.2003 – Segundo Domingo de Pascua

Salmo 133; Hechos 4:32-35; 1 Juan 1:1-2:2; Juan 20:19-31

Introducción

Hechos 4:32-35 describe la vida de los primeros cristianos, y resalta la unidad en el espíritu y la comunidad de bienes. El tema de la comunidad de bienes y la renuncia a las riquezas interesa particularmente a Lucas (el autor) que era de origen no judío (ver 2:43-47 y Lc 12:33-34). La perícopa se encuentra en la primera parte del libro de los Hechos de los Apóstoles (2:1-8:3) cuyo escenario es Jerusalén. Para el autor, éste era un centro importante donde culminó la historia de Jesús, y a partir de donde se forman, organizan y se expanden las primeras comunidades de creyentes.

1 Juan 1:1-2:2 nos presenta a Jesucristo como el Verbo o Palabra de vida (1:1-2). La perícopa pone énfasis en la comunión entre los cristianos, que está basada en la unión de los creyentes con el Padre y su hijo Jesucristo (1:3); éste es uno de los temas principales de los escritos joaninos (ver Jn 15:1-6 y 17:20-26) y de la comunidad cristiana primitiva. También se afirma que Dios es *luz* (símbolo de verdad y santidad); y para andar en la luz de Dios hay que reconocer y confesar nuestros pecados, y vivir en comunión unos con otros (1:5-10). Finalmente, se presenta a Jesús como nuestro defensor ante el Padre y como propiciación por los pecados de toda la humanidad (2:1-2).

Juan 20:19-31 narra una de las primeras apariciones de Jesús en una reunión de sus discípulos después de la resurrección. Aquí se destaca el otorgamiento del Espíritu Santo por parte de Jesús a sus discípulos (ver v. 22 y comparar con Hechos 2:2-4) y el relato de la incredulidad de Tomás que era uno de su círculo íntimo (vv. 24-29). La respuesta de Jesús a Tomás (v. 29) subraya la actitud de los que creyeron sin necesidad de ver, valiéndose del testimonio de las mujeres, los apóstoles y discípulos.

Salmo 133

El Salmo 133 es un canto al amor fraternal y pertenece a la colección de “canciones de las subidas” (Salmos 120-134), pues eran salmos que cantaban los peregrinos cuando “subían” a Jerusalén en ocasión de las grandes fiestas. El tema central de la comunión sintoniza con los

textos citados anteriormente (Hch 4:32-35 y 1 Jn 1:1-2:2) y podríamos considerarlo como un fruto de nuestra pascua que es Cristo, que celebramos recientemente.

Por la forma literaria, el poema pertenece a la categoría de salmos sapienciales, donde aparece un solo proverbio o sentencia (v. 1) acompañado por dos comparaciones ilustrativas (vv. 2 y 3), según el estilo del *mashal* hebreo.

El salmo describe experiencias de la vida cotidiana y proviene seguramente de un contexto secular. Para muchos la alusión relacionada con los sacerdotes y el culto (v. 2b) es una inserción añadida al sentido básico de la sentencia sapiencial con la intención de llevarla al terreno cúltilo y religioso.

El proverbio alaba la convivencia armoniosa entre hermanos y familiares en un contexto donde el núcleo social básico era la familia extendida o clan. Hoy se podría pensar también en la familia, una comunidad específica o incluso en la sociedad abierta como comunidad humana. El verbo de la sentencia principal (v. 1) se puede traducir como *habitar, sentarse o estar*.

Las comparaciones ilustrativas posteriores (vv. 2 y 3) son tomadas naturalmente del contexto contemporáneo regional. El aceite fino (v. 2a), probablemente mezclado con hierbas aromáticas, era un valioso bálsamo suavizante y refrescante que se utilizaba principalmente para el cuidado del cabello y de la piel (la alusión a esta práctica seguramente sirvió de pie para luego introducir la glosa referida a la unción de los sacerdotes del templo). La segunda ilustración análoga (v. 3a) se refiere al abundante rocío del verano que humedece y refresca la tierra, sobre todo si se tiene en cuenta que no llueve en la región durante la larga temporada estival.

El salmo concluye que allí adonde existe unión y convivencia armónica entre hermanos y vecinos, el Señor se hace presente y manda su *bendición* a todos los ámbitos de la vida humana (v. 3b), propiciando así una vida sustentada y permanente, efectos benéficos para el medio ambiente y descendencia saludable.

Es oportuno recordar el concepto bíblico veterotestamentario de “bendición” (del hebreo *beraká*). En su origen, tanto la bendición como la maldición estaban relacionadas con prácticas de tipo mágico y religioso, lo cual se ve confirmado por el parentesco histórico y lingüístico del término hebreo con la raíz ugarítica *brk* y el acádico *karabu*. El significado básico de la palabra se podría definir como *la adjudicación y la comunicación de una fuerza salutífera, curativa o vivificante*, que se opone al poder destructivo del mal y la maldición. Esta fuerza vital y curativa se puede manifestar concretamente de diferentes maneras; por ejemplo en la fecundidad de los seres humanos y animales, o en el estado de bienestar, felicidad y salud (*shalom*) de una comunidad.

Los diferentes gestos que acompañan la bendición corresponden por analogía al acto mágico de la transferencia de fuerza curativa: imposición de manos o elevación de los brazos, el beso y el abrazo, tocar los vestidos, etc. El contexto original de la bendición se encuentra principalmente en las relaciones familiares; y a este ámbito corresponden los principales actos relacionados con esta práctica. La expresión más corriente de la bendición se da en el saludo, al encontrarse y al despedirse; también se otorga en momentos decisivos de la vida como el nacimiento, el casamiento y la muerte.

Bibliografía: Hans-Joachim Kraus, *Los Salmos*, Salamanca, Sígueme, 1995.